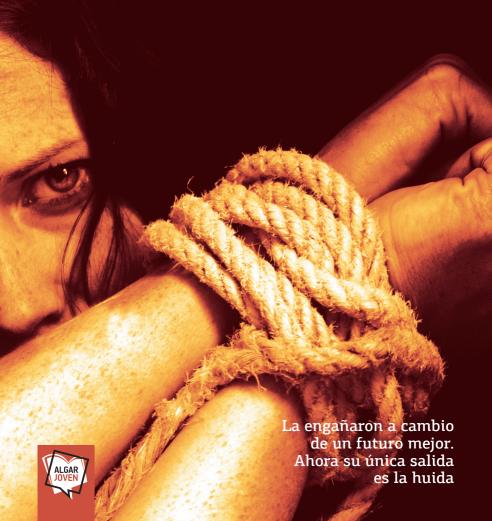
Jordi Sierra i Fabra Horas salvajes



El silencio pesaba como una losa.

Silencio de anochecer, de urbanización vacía, de paz forzada y calma cargada de malos presagios de recogimiento y estudio, incluso de culpa, por no haber apretado más a lo largo de los meses anteriores.

Sí, la culpa también era un peso silencioso.

¿Iba a aprender a última hora todo lo que no sabía o recuperar en un soplo genial lo que había olvidado?

Aurelio chasqueó la lengua.

Levantó los ojos del libro y miró la pared, los estantes, los viejos videojuegos, los compactos de otro tiempo, los libros que había leído, la caja de los recuerdos esenciales...

Si se encasquetaba los auriculares y oía música, era peor. No se concentraba. Empezaba a tararear la canción, o a musitar la letra, y al traste con la esperanza de meterse con los cinco sentidos en lo otro. Lo único que tenía era el silencio, el maldito silencio, el dichoso silencio.

El que había «inventado» la selectividad era un capullo tataranieto de los inquisidores de antaño.

Torturar al personal con un único examen, de cuya nota dependía estudiar una cosa u otra, marcando así el futuro a fuego, era sadismo.

Y encima, a corto plazo, estaba la posibilidad de pasar un buen o un mal verano.

«Vamos, tío», intentó darse ánimos.

Un minuto. Dos. Tres.

Los números, las ecuaciones, las palabras empezaron a danzar en torno a sus ojos. No lograba atraparlo. El tres era un ocho; el seis, un cinco, y en lugar de leer *lipotimia* leía *linotipia*. Todavía no hacía calor, pero empezó a sudar.

Tuvo un ataque de pánico.

«Lo que faltaba», cerró los ojos angustiado.

Acudió a Tesa.

Era lo mejor para calmarse.

Tesa.

Su Tesa.

O casi.

Los colegas decían que no era guapa, pero a él le parecía un ángel. Labios preciosos, ojos de ensueño, nariz recta, cabello largo y muy negro, pecho medido, manos suaves, uñas cuidadas, un poco llenita pero compensada por todas sus curvas...

Y su sonrisa.

Su ternura.

Lo único malo era que Tesa aprendía todo sin esfuerzo.

Para ella la selectividad no era nada, un último paso que iba a superar sin apenas esfuerzo. Conseguiría la mejor nota y escogería la carrera que le gustaba. Que les gustaba a los dos. Y si Tesa lo lograba y él no... adiós a su sueño de estudiar juntos y así tenerla cerca.

Aurelio abrió los ojos, alargó la mano derecha y del cajón superior de su mesa de estudio sacó la foto de Tesa.

La foto que más le gustaba.

Un primer plano lleno de vida, feliz.

Todos sus sueños eróticos nacían y morían en aquella imagen celestial conseguida apenas tres meses antes, cuando decididamente comprendió que estaba enamorado y fue a por ella con todo su ser, pasando de lo que dijeran los demás.

Solo le faltaba pedírselo para que fueran novios. Novios.

Una palabreja extraña que siempre le había parecido anticuada, pero que ahora...

Bueno, todos daban por hecho que ya estaban enrollados, pero faltaba la guinda, el punto final,

el clímax sin vuelta atrás. Quizá una declaración formal, en toda regla.

«Tesa, te amo y quiero que seamos novios».

Fuerte, fuerte, fuerte.

Se puso la foto delante, apoyada en los libros, para que le sirviera de acicate en su lucha.

Fue peor.

Si la miraba a ella, le latía el corazón y el sudor aumentaba lo mismo que el vértigo emocional. Un caballo de rodeo dando saltos con él encima sin la menor posibilidad de aguantar los ocho segundos de marras.

Aurelio se rindió y se levantó de la silla.

Primero se movió por la habitación como un león enjaulado. Después fue a la ventana y la abrió. La calle mal iluminada por las farolas, demasiado distantes entre sí; las casas vacías, con las luces apagadas; ningún coche o moto circulando. Vivía en una urbanización casi muerta nueve meses al año. En unos días sí se iría llenando gradualmente. El enjambre de los que la utilizaban como segunda residencia regresaría para empezar a preparar el verano. Primero, la verbena de San Juan. Después ya, la mayoría de madres o abuelos con niños pequeños se quedarían a la espera de julio y agosto. Los pocos residentes fijos eran jubilados que apenas si salían

de sus casas y, como mucho, a las nueve de la noche ya se acostaban o cerraban las persianas para aislarse más. El pueblo quedaba a un kilómetro. Un paseo.

Bueno, él lo llamaba pueblo. Otros, eufemísticamente, ciudad pequeña.

Tesa vivía en el pueblo.

Por eso era tan importante ir a la universidad.

Dar el salto a Barcelona, los dos.

Desde la ventana miró la mesa, los libros, su responsabilidad.

Lo odió todo.

¿Quién dijo que la vida era muy sencilla pero la complicaban las personas?

Alguien listo, desde luego.

El teléfono sonó en ese instante.

No el suyo, el móvil, que podía responder en cualquier sitio, sino el fijo, el de la casa.

Supo que eran sus padres sin necesidad de acercarse y comprobar el número entrante en la pantallita. Sus padres, que estaban de *weekend* en París, con su hermana, gracias al AVE.

A él le importaba un pito París, y más viajando con ellos, pero habría dado lo que fuera por estar allí y no tener que dejarse las pestañas estudiando.

Si tardaba en contestar, sospecharían, así que salió de su habitación a la carrera para dirigirse a

la planta baja, entrar en la sala y coger el inalámbrico. Muy hábiles. Llamando al fijo se aseguraban de que estuviera estudiando sin necesidad de tener que preguntarle dónde estaba.

Cuando levantó el chisme y descolgó, se sentía furioso.

Antes de que él o ella pudieran hablar, dijo:

-Controlando, ;eh?

Era su madre.

-¡Ay, hijo, cómo eres! -protestó la mujer-. Solo llamaba para decirte que estamos bien.

-¡Huy, lo preocupado que estaba yo! –se puso aún más irónico–. Tres pardillos de pueblo ahí en medio de esa horda de salvajes parisinos... ¿Estáis refugiados ya en el hotel?

-¡Aurelio!

-¡No te oigo! ¡Espera, que bajo la música y les digo a todos que se callen!

-¡Aurelio!

Soltó una carcajada y se resignó.

- -Vaaale -dijo alargando la primera vocal.
- -Si es que eres...

-Me estás cortando el rollo -la advirtió-. Luego me cuesta concentrarme. Venga, ¿qué hacéis?

Su madre se calmó.

—Pues nada, estamos paseando por los *champse-lisés* —lo pronunció de corrido con una pésima entonación francesa—. Ya hemos cenado, porque esto es Europa y aquí se cena antes, no como en España. Hace una noche muy agradable —comenzó a dar el parte de sus actividades—. Hemos visto la torre esa, y mira que es caro subir, por Dios, pero para una vez... Y también hemos estado en el Museo del Lou... Luv... Bueno, ese tan famoso. Que por cierto, la *Mona Lisa* esa... Qué quieres que te diga. No le veo yo tanto. A tu hermana le ha encantado el barrio de los artistas, Mont... *Monmatre*, ¿no? —continuó sin esperar una rectificación—. Mañana iremos a Versalles y...

Apartó el inalámbrico de su oído. Podía ir al baño, regresar, y ella seguiría hablando a su bola.

Su gran viaje a París.

Toda la vida soñando con ello.

- -...¿Y tú ya has cenado? -oyó que le preguntaba de golpe como colofón de sus explicaciones.
 - -Todavía no.
 - -A ver qué comes, ¿eh?
- -Mamá, lo que me dejaste en la nevera, ¿qué quieres que coma?
- -Si es que no sé por qué tenías que quedarte solo -lamentó ella.

-Porque-tengo-la-selectividad –le recordó lleno de paciencia–. Si suspendo, me montáis el pollo. Y además, estáis mejor sin mí.

-¡Ay, calla! –pareció hablar o discutir con alguien y cambió el tono para decir—: Te paso a tu padre, que quiere decirte algo.

Aurelio cerró los ojos.

La voz de su padre llegó hasta él.

- -Aurelio.
- -Hola, papá.
- -Oye, solo decirte que no te pases las noches estudiando, ¿vale? Duerme. Es mejor estar descansado.
 - –Que sí, que ya me lo dijiste.
- -Pues te lo recuerdo. A mí no me servía de nada, era peor. Así que lo digo por experiencia.

No se imaginaba a su padre, con diecisiete años, estudiando y dejándose las pestañas antes de los exámenes, nervioso, tomando café...

-Tranquilo.

¿Cuándo estaba tranquilo un padre con un hijo adolescente?

–Y mañana...

-Papá -le detuvo-. ¿Queréis colgar y dejarme en paz? Os va a costar más el teléfono que el viaje. Ahí le pilló. Su padre miraba las facturas al céntimo.

- -Cualquier cosa, nos llamas tú, ¿de acuerdo? Ni loco.
- -De acuerdo -se puso sumiso.
- -Pues venga, un beso.
- -Chao, papá -recordó que estaban en París y se lo dijo en francés-: *Au revoir*.

Cortó la comunicación antes de que se les ocurriera pasarle también con su hermana, aunque eso era improbable.

Una hermana pequeña, de trece años, loca, histérica y listilla, era lo peor del mundo.

Superada «la prueba», Aurelio llenó los pulmones de aire, dejó el inalámbrico en el soporte y regresó a su habitación subiendo la escalera despacio, peldaño a peldaño, pensativo. Cuando entró en ella, fue a cerrar la ventana, que seguía abierta, y entonces escuchó el rumor en la calle.

Más que un rumor, un pequeño estruendo que resonaba en el silencio de la noche.

Se asomó y las vio.

Dos motos, potentes, grandes, circulando a velocidad muy moderada, una delante y otra detrás de un coche todoterreno de enormes proporciones.

El rugido lo producían las motos.

El coche parecía no hacer ninguno.

Iban de derecha a izquierda, circulando tan despacio por la calzada que la escena daba la impresión de producirse a cámara lenta. Cuando pasaron por delante de su casa, Aurelio se dio cuenta de que tanto los conductores de las motos como el del coche y su acompañante buscaban algo.

Escrutaban los chalecitos y sus jardines.

El hombre que iba al volante del todoterreno le miró a él.

La luz de la calle le dio de refilón.

Calvo, bigote, perilla, un musculoso brazo lleno de tatuajes asomando por la ventanilla.

Ojos sombríos.

Sin saber muy bien por qué, Aurelio tuvo un escalofrío.

Continuó en la ventana, quieto, mientras los tres vehículos se perdían a su izquierda, con su marcha lenta y su aspecto de buitres nocturnos.